

bores que se oyen á lo lejos. En todos estos casos tomamos noticia de las impresiones, tales como realmente llegan á los órganos de nuestros sentidos, y sin embargo juzgamos mal, porque no distinguimos las impresiones verdaderas de las falsas, y nos dejamos ilusionar; de consiguiente, para juzgar no basta ver ni oír, sino que es menester estar seguro de haber visto y oído bien.

La experiencia, cuando llegamos á cierta edad, nos sirve de preservativo contra las ilusiones de los sentidos, y no juzgamos por la primera impresión. Así, oímos un ruido que nos parece producido por un coche, y estamos atentos observando si continúa, antes de juzgar si realmente lo es ó proviene de otra causa diversa. El niño, desprovisto de ideas, sin práctica de comparar las diversas impresiones de las cosas, no procede así, y juzga desde luego de lo que desconoce por lo que ya le es conocido. Experimenta una impresión muy viva y desconocida para él, y desde luego la compara á la más viva que ha experimentado y la atribuye al mismo objeto. Así se explica que un niño que nunca haya tomado helados, la primera vez que los toma sin saber lo que es, exclama: «¡Cómo quema!» La impresión más viva que ha recibido es la del calor, y cree estarla recibiendo entonces. La falta de experiencia nos ha hecho á todos en la infancia atribuir á la luna el movimiento de las nubes que la velan, y así pudiera decirse de otras muchas ilusiones de los sentidos. Las impresiones son verdaderas en la mayoría de los casos; lo falso son nuestros juicios. Cuando dice el niño que ve torcido el bastón que sumerge en el agua, dice verdad, porque así se pinta en su retina; pero si añade que es torcido ó está roto, se engaña, y expresa un juicio falso.

Conviene por tanto prevenir á los niños contra tales errores, en que pueden incurrir á cada momento, habituándolos á comprobar las impresiones de un sentido por el mismo ó por los otros. Cuando se figuran que el bastón sumergido en parte en el agua está roto, lo más fácil para desengañarlos es sacarlo fuera; pero esto no contribuye á formar el juicio por medio de la observación. Si en lugar de esto se hace notar al niño que mirando el bastón por distintos lados cambia de posición la curva, ó que se tuerce en distinto sentido; que mirando á plomo desde el extremo del mismo bastón nos parece recto, y al mismo tiempo más grueso por el extremo opuesto; que levantándose gradualmente en el agua se va enderezando de la misma manera, se habitúa á observar antes de formar un juicio, y á rectificar por sí mismo los errores de un sentido. Si el niño, á pesar de todo, por falta de capacidad ó de atención, no comprendiese el resultado de estas experiencias, se le hace comprobar entonces por medio del tacto. Conservando el bastón sumergido en parte en el agua, pasa el niño su mano de un extremo al otro, y no encontrándose ángulo ni curvatura alguna en el bastón, queda convencido del error de la vista, y reconoce la necesidad de la observación antes de dar asenso á las impresiones de los sentidos.

Practicanse ejercicios de esta clase con notables ventajas

para la educación en las escuelas alemanas, donde se conocen con el nombre de *ejercicios de la inteligencia*, y en las escuelas de párvulos de todos los países. En estas últimas, destinadas á la educación más bien que á la enseñanza, constituyen el ejercicio principal en que se ocupan todos los niños simultáneamente, dando el profesor á las lecciones formas muy variadas para sostener la atención naciente de los discípulos. No es tan fácil practicar ejercicios especiales con tal objeto en las escuelas elementales, por falta de tiempo, pues que la instrucción que se da en ellas es bastante extensa en proporción á los años que las frecuentan los niños, y es preciso que ocupe la mayor parte de las horas de clase. Sin embargo, ya que en la distribución del tiempo y el trabajo no se destine un lugar para estos ejercicios, se ofrece ocasión oportuna para practicarlos en cualquiera de las enseñanzas, y no debe desperdiciarse el maestro ninguno de los incidentes de las lecciones para hacer aplicación de ellos. Las primeras nociones de aritmética, gramática, escritura, lectura, dan motivo á que el maestro habitúe los discípulos á la observación, y á ejercer la facultad de juzgar, ya con el mismo estudio, ya interrumpiéndole en ocasión oportuna para preguntar á los niños sobre los objetos á que se refieren las lecciones.

Si bien los primeros estudios y ejercicios intelectuales del niño versan sobre los objetos que impresionan los sentidos, no por eso deja ya de empezar, aunque en muy estrecho círculo, á juzgar de ideas abstractas. Los más sencillos elementos del cálculo y de la gramática requieren la intervención del juicio abstracto. El tablero contador, los procedimientos casi enteramente mecánicos empleados en la enseñanza de la gramática y otras materias, no tienen más objeto que el de dar forma y color á las ideas abstractas, que no están al alcance de los discípulos. Así que, á medida que el niño adelanta, precisamente á medida que se desarrolla la inteligencia, disminuyen los medios materiales empleados como auxiliares en la enseñanza. Si no bastase la razón, la experiencia demuestra también que las escuelas dirigidas por este orden son las que presentan más brillantes resultados; en los primeros ejercicios se materializan, si puede decirse así, las ideas; luego se destierran progresivamente los procedimientos mecánicos para que el discípulo no se habitúe á ellos, haciéndole poner en juego todas las facultades de su inteligencia á proporción que adquieran el poder suficiente para ejercitarse.

Infírese de aquí que cuando el niño adquiere facilidad para juzgar de las cosas, y se acostumbra á comprobar estos juicios, no hay que dar más que un paso para que pueda ocuparse su inteligencia en otro orden de ideas. Conviene, sí, que en este tránsito se proceda con mucha prudencia y parsimonia, graduando bien los ejercicios, y adelantando con mucha lentitud. Los mismos ejercicios de que se ha hablado anteriormente tienen aplicación después, sin más diferencia, sino que han de versar sobre las ideas y las relaciones. Sin variar el orden ni la

graduación enunciada pueden variarse los elementos sobre que recaen los actos de la inteligencia, y partiendo de los asuntos más comunes se pasa insensiblemente á los más difíciles; cuidando siempre de que, al desarrollar el juicio, se den á los niños conocimientos útiles y de provechosa aplicación. Después de los ejercicios de comparación, por ejemplo, entre los objetos sensibles, se pasa con facilidad á comparar objetos morales, guardando bien las dificultades. Puede preguntarse por la diferencia entre un hombre negligente y otro cuidadoso; qué hay de común entre el económico y el avaro; en qué se distingue el error y la mentira, etc. Investigando las relaciones que existen en las cosas, se puede hacerles comprender lo que es causa y efecto, lo que son los medios y el fin, y luego hacer comprender algunas ideas generales, como necesario, accidental, falso, verdadero, verosímil, etc. Comprendidas bien estas ideas, y adquiridas por la percepción sensible, se les habitúa á calificarlas según el orden de relación que existe entre ellas. Por último, se les hace analizar frases, resolver problemas cada vez más difíciles, llamando siempre la atención sobre el significado de las palabras. De esta manera, el juicio de las cosas y el juicio abstracto marchan en armonía, dando á este último mayor ensanche á medida que el primero se va desenvolviendo.

En estos ejercicios es de mucha importancia que la actividad intelectual del discípulo esté constantemente en acción. Cuando no descubre desde luego una cosa, no encuentra la solución de un problema, ó no contesta á las preguntas que se le dirigen, enterado el profesor de que ha comprendido el sentido y los términos de la cuestión, le da tiempo para resolverla, le auxilia por medio de preguntas indirectas, sin explicar lo que no comprende hasta que ninguno de los niños de la sección acierte á contestar. Así, el placer que resulta de descubrir lo que busca le hace agradable el estudio, y conociendo el poder de sus propios recursos, aumentará la actividad y resolución de su espíritu.

Como ya se ha dicho antes, la instrucción forma naturalmente el juicio; no obstante, en la mayor parte de las escuelas no sucede así, por la razón sencilla de que se cuidan poco los maestros de que comprendan los niños lo que se trata de enseñarles, y se dan por satisfechos de que lo aprendan de memoria, porque esto es menos trabajoso para el profesor. Desde Niémeyer, que hizo esta observación, todos los que han tratado de pedagogía convienen en que este descuido es la causa principal del poco fruto que se saca de la enseñanza de las escuelas, tanto por lo que toca á la adquisición de conocimientos, como á la cultura intelectual. A este propósito dice De-Gerando: «Los consejos propios para formar el juicio están comprendidos en esta regla: hágase que conciba claramente el niño lo que juzga.»

Después continúa: «Cuidese ante todo de que el niño no emplee las palabras sino en su propio sentido. El abuso de las palabras es el mayor escollo de la niñez, y es más fácil y necesario

prevenirlo que reprimirlo. El verdadero medio de evitarlo consiste en cuidar que desde un principio no se admitan ni empleen las palabras sino en una significación clara y exacta. Aprendiendo mal nuestra lengua materna, empezamos á falsear nuestros juicios sin advertirlo.

»Parece que los niños conocen la lengua materna cuando llegan á la escuela, y no obstante la han aprendido al acaso. Se han apresurado á recibir las palabras que han oído, y muchas no representan para ellos ninguna idea, y son muy pocas las que les representan su valor verdadero; de consiguiente, es menester principiar de nuevo este aprendizaje de la lengua materna. Bajo la dirección del maestro deben aprender á dar á las cosas sus verdaderos nombres, sin que sea necesario para esto revisar en un diccionario todos los términos de la lengua. Cada momento se ofrecerá ocasión oportuna de apreciar si distingue bien el niño el significado de las palabras de que hace uso, y para conducirlo á que lo complete ó lo rectifique en caso necesario. Cuando hable sin saber lo que dice, no se le debe dejar pasar sin que por medio de preguntas se le haga conocer su error. Si se persuade que hablaba de una cosa superior á sus fuerzas, aprenderá á abstenerse; si, por el contrario, está en disposición de comprenderla, se le dirige á que la conciba. De todos modos, vale más que él corrija las equivocaciones por su reflexión propia que por las correcciones del maestro.»

La práctica de enseñar á los niños las cosas sin que las comprendan, ya por ser superiores á su inteligencia, ya por falta de las explicaciones necesarias, es la causa principal de los juicios falsos. Entre las demás causas que pueden concurrir á falsear el juicio, se cuentan la precipitación y las pasiones. Poco dispuestos los niños á fijar su atención sino por breves instantes, se contentan con examinar las cosas bajo un solo aspecto, sin pasar de la superficie, y así creen tener un conocimiento completo de los objetos, cuando apenas distinguen las cualidades más aparentes y sensibles. Su vanidad suele también influir en esto mismo, porque complace y halaga la prontitud en juzgar, y se hace por lo común sin bastantes conocimientos para ello por falta de una atención sostenida. Las pasiones en la niñez, como en todas las edades de la vida, ofuscan el entendimiento y envuelven con falsos colores los objetos sobre que versan nuestros juicios. Así es que no los vemos sino de la manera que nos interesan ó halagan. En todo esto debe, pues, el maestro tener un cuidado, que nunca podrá ser excesivo, para que la inteligencia ejerza con provecho y acierto todas sus operaciones.

El mismo orden seguido en el desarrollo del juicio conviene seguir en el ejercicio del raciocinio, que, como se ha dicho, no es más que una serie de juicios sujetos á ciertas leyes. Desterrando la rutina en la enseñanza, explicando al niño la razón de las cosas, y exigiéndole en tiempo oportuno que él mismo la encuentre, se habitúa gradualmente á inducir ó deducir unos juicios de otros. Sin acudir á las reglas de la lógica, aun ignorando que existen estas reglas, el maestro habitúa al discípulo

á raciocinar dentro de un círculo muy estrecho, que no le es permitido traspasar, porque la inteligencia no tiene otro desarrollo necesario, haciéndole ver al mismo tiempo la debilidad de la razón.

Así se familiariza el discípulo con los objetos del mundo exterior y material que le rodean, y á proporción que adquiere robustez y fuerza la inteligencia con la contemplación de estos objetos, experimenta la necesidad de replegarse sobre sí mismo, y se habitúa á examinar su interior, todas las emociones del alma y todos los movimientos del corazón. Acostumbrado á fijar la atención en sí mismo, aprende á conocerse y á domiarse, circunstancias indispensables para su perfección y requisitos necesarios del mejoramiento moral.

§ III.

Graduación de la enseñanza según el desarrollo natural de la inteligencia.

Infiérese de cuanto se ha expuesto anteriormente el orden que conviene seguir en la enseñanza y en la educación intelectual de la niñez, y parecerá hasta cierto punto inútil entrar en reflexiones especiales, que no comprenden otros tratados de pedagogía. Mas las prácticas erróneas, sostenidas con terquedad por algunos maestros, nos inducen á considerar de grande importancia este asunto y á dedicar algunos renglones á dilucidarlo.

Cada una de las facultades de la inteligencia domina principalmente en una época determinada de la vida: la memoria es la facultad dominante de la infancia; la imaginación, de la adolescencia, y el juicio y el raciocinio, de la edad viril. Esto es un hecho que no puede ponerse en duda, así como tampoco que el orden de generación de las facultades mentales sea sucesivo. Pero ¿se deduce legítimamente de esta verdad que en la niñez sólo debe cultivarse la memoria como se practica por rutina en tantas escuelas, y como defienden tantos maestros rutinarios, cerrando los ojos á la luz de la razón y la experiencia? Pues qué, ¿no ejercen los niños, aunque en limitada esfera, la facultad de juzgar, que es la última en desarrollarse? ¿Sería conveniente abandonar el ejercicio de las otras facultades mentales hasta la época en que pueden adquirir mayor fuerza y energía? ¿Por qué no ha de seguirse en la educación intelectual una marcha análoga á la seguida en la educación física? Así como se ejercitan las fuerzas corporales del niño mucho antes de que puedan alcanzar su completo desarrollo, debe excitarse y dirigirse las facultades mentales desde el momento en que empiezan á manifestarse, para que en la época oportuna puedan adquirir el vigor y robustez necesarias, tanto para el estudio como para los asuntos comunes de la vida. Hacer otra cosa, li-

mitando las primeras lecciones de la escuela á la lectura solamente, como se prevenía en el reglamento de 1825, es un absurdo, que no se concibe que pudiera ocultarse al autor de aquel documento ni á los defensores de semejante práctica. Así no se logra más que embrutecer á los niños ocupándolos tres horas seguidas en ejercicios monótonos de un estudio exclusivo, cuando entre todas las enseñanzas del programa de instrucción primaria no hay una sola cuyos rudimentos no puedan comprender y retener los de más corta edad. Todo consiste en proporcionar las lecciones al grado de desarrollo y de fuerza propia de la edad y de la aptitud de los discípulos. Y no se diga que es esto una teoría impracticable, porque las escuelas de párvulos acreditan la verdad de semejante doctrina. Allí se ocupan los niños en el cálculo, en la geometría, en la geografía, en la historia natural, y adquieren otros conocimientos comunes ó usuales que ignoran muchos hombres. Siendo esto así, como lo es, ¿puede haber razón alguna legítima para no practicar lo mismo en las escuelas elementales, enseñando cuando menos las materias que abraza el programa oficial, con el fin de desarrollar natural y armónicamente todas las facultades de la inteligencia?

Pondérase generalmente la dificultad de que los niños se ocupen en la escritura antes de saber leer, la imposibilidad de dedicarlos al estudio de la aritmética y la gramática; y no se comprende que la lectura es más difícil que la escritura, y que el sentimiento de las formas y de los números se desarrolla antes que todos los demás. Observando lo que pasa en las escuelas de párvulos, que citamos como ejemplo vivo y palpable, encontraremos la prueba más convincente. ¿Qué es lo que más fácilmente aprenden los niños en estas escuelas, y por tanto lo primero que se les enseña? Antes de aprender á leer, ¿no saben los puntos cardinales, las provincias de España, los caracteres más sobresalientes de los seres de los tres reinos de la naturaleza? ¿No cuentan y hacen operaciones sencillas de aritmética? ¿No conjugan los verbos? ¿No dibujan antes de escribir? Estos son hechos que no dejan la menor duda y que convencen hasta la evidencia al que teniendo ojos y oídos quiera ver y oír, por más que la ignorancia ó la preocupación, engendrada por la rutina, obscurecen la verdad que nos demuestra el raciocinio. Por eso, aun suponiendo que fuese conveniente ocupar á los niños de más corta edad en un solo estudio, sería desacertado, sería absurdo empezar por el de la lectura, según se practica en escuelas que quieren tener la supremacía sobre las demás. La enumeración que la ley y los reglamentos hacen de las materias que abraza la instrucción primaria elemental, está basada en el orden de importancia de estas materias, no en el orden de prioridad que ha de seguirse en la enseñanza, ni en el de la adquisición natural y lógica de las ideas. A no ser así, de seguro que no ocuparía la lectura el segundo lugar, porque para leer se requiere una multitud de operaciones de nuestra mente. El conocimiento de las letras, además de la memoria,

exige grande atención; el de las sílabas supone la idea del valor de cada letra de por sí y del sonido que resulta de unirla con otra ú otras; y para la lectura de las palabras es indispensable saber el sonido de las letras, ya aisladas, ya reunidas entre sí, y la combinación de las sílabas. Para leer una sola palabra es preciso referir la figura de cada letra al sonido que representa, saber las combinaciones de las vocales y consonantes de que consta, y componiéndose de varias sílabas cada palabra, se necesita un crecido número de juicios para leerla con exactitud, aun prescindiendo de la idea que representa, es decir, concretándonos á la lectura mecánica.

Si fuese conveniente ocupar á los niños en una sola enseñanza, debiera empezarse por las más fáciles, cuales son el dibujo lineal y la escritura. Para estos ejercicios únicamente se requiere la facultad de imitar, que puede considerarse hasta cierto punto como instintiva, y la acción de los órganos de los sentidos; porque los niños, una vez que vean las figuras, las reproducen desde el momento que los órganos adquieren fuerza y flexibilidad, cualidades que se manifiestan suficientemente desde la edad de seis años. La doctrina cristiana, los rudimentos de geografía y de historia, el conocimiento de las líneas y de las figuras geométricas, las más sencillas nociones de historia natural, debieran seguir después como estudios en que tiene aplicación especial la memoria; y por último, todas las enseñanzas en que interviene principalmente el juicio, como la perfección en la lectura, la gramática y aritmética razonada, etc. Este sería el orden lógico del estudio si hubiese de atenerse en un todo al mayor ó menor dominio de cada una de las facultades de la inteligencia en las diversas enseñanzas. Pero si es cierto que en cada una de ellas domina principalmente determinada facultad de la inteligencia, ¿puede concebirse el ejercicio de ninguna de éstas independientemente de las otras? ¿Es posible formarse idea ni aun de las cualidades más aparentes de los objetos, como la forma, el color, etc., sin que intervengan la atención, la memoria, la facultad suprema de juzgar y en la mayoría de casos la imaginación? Todas estas facultades, en mayor ó menor grado, se manifiestan pronto en los niños, y todas ellas deben cultivarse en la proporción conveniente, á cuyo fin, desde el primer día que se presenta un niño en la escuela, está obligado el maestro á ocuparle en todas las enseñanzas comprendidas en el programa de estudios. La aritmética y la gramática, que son las que más se resisten al niño si se trata de hacer de ellas un estudio riguroso, son fáciles y se sujetan á su comprensión por los métodos sencillos que dan forma y color, si puede decirse así, á las abstracciones. Tal es el medio de poner en juego proporcionalmente á su desarrollo y simultáneamente las facultades de la inteligencia, de hacer variado y por tanto agradable el estudio, y de preparar á los discípulos para aprovechar después, cuando se dedican á él con más formalidad y rigorismo.

La variedad de estudios, consiguiente al progresivo des-

arrollo intelectual del niño, no consiste en la variedad de las materias de enseñanza, sino en la variedad de ejercicios. El círculo de la enseñanza debe agrandarse sin cesar por zonas concéntricas; pero no introduciendo nuevos ramos de instrucción, sino ensanchando los que desde un principio se comprenden en el centro, del cual parten como radios, y van extendiendo gradualmente sus límites, de la misma manera que se separan los radios á medida que se prolongan. Lejos de ser un inconveniente ocupar á los niños en varios estudios á la vez, es una ventaja grandísima, porque ofrece el medio de introducir la variedad, tanto más necesaria, cuanto menos desenvuelta se halle la inteligencia.

Deben ser cortas las lecciones de los niños, porque su atención es rebelde y fugaz en los primeros años, y el entendimiento poco activo; y al mismo tiempo deben repetirse con frecuencia, porque siendo en tan crecido número las impresiones nuevas de los objetos que los rodean, se borran mutuamente. Conviene seguir en las lecciones la misma regla que en los alimentos: al principio se usan éstos en corta cantidad, y se toman á menudo para que se verifique pronto y bien la digestión, y á medida que adquiere mayores fuerzas el estómago, se aumenta la dosis y se reducen á menor número las comidas; del mismo modo, cuando son cortas las lecciones, las comprenden bien los niños, y vuelven á estudiarlas con gusto, y á proporción que se desarrolla su inteligencia, están más dispuestos á ocuparse individualmente y por más largo tiempo en meditarlas, y de consiguiente necesitan menos lecciones, pero más lógicas y profundas.

Para seguir este método en la enseñanza conviene distribuir los niños en tres grandes divisiones, las mismas de que habla el reglamento tratando de las escuelas simultáneas, con la única diferencia de que no debe tomarse por punto de partida sólo la edad, sino también el desarrollo de la inteligencia y la instrucción. La primera debe comprender las secciones inferiores, la segunda las intermedias, y la tercera las superiores. Cada una de estas divisiones constituye un grado distinto y requiere una clase de ejercicios, por más que la enseñanza de todas ellas verse sobre los mismos objetos de estudio. Así, sin dejar de ejercitar todas las facultades de la inteligencia, se puede dar á cada una el grado de desarrollo conveniente, según la edad y la aptitud intelectual del discípulo.

Las circunstancias y disposiciones particulares de los niños, correspondientes á cada una de las divisiones, determinan el régimen y dirección más conveniente y provechoso. El movimiento, la curiosidad, cierta independencia á que estaban habituados en medio de su familia, la distracción, la debilidad de entendimiento, son las cualidades características de los discípulos de la primera división. Conviene, por tanto, prevenir los movimientos espontáneos de estos niños, y acomodar la enseñanza á su aptitud, haciendo que las lecciones sean cortas y frecuentes, y los ejercicios variados y agradables. El maestro

se limita á excitar la acción de la inteligencia y preparar su desarrollo, evitando la explicación de reglas abstractas y el encomendarles estudios individuales. El niño no tiene aptitud suficiente para trabajar por sí mismo, y necesita constantemente la palabra animada del maestro; el cual, por medio de explicaciones sensibles y minuciosas excita la curiosidad, despierta la atención, y estimula y anima, facilitando el trabajo. La instrucción de este primer grado se reduce á rectificar las ideas adquiridas en la educación doméstica, y procurar la adquisición de otras acerca de los más sencillos elementos de lo que debe estudiar más tarde; á excitar y dirigir las fuerzas nacientes, como la atención y el deseo y capacidad de aprender.

Preparados de esta manera en la primera división, pasan á la segunda cuando empieza á calmarse la agitación de los sentidos, cuando es menos apremiante la propensión al movimiento y á la variedad, y cuando tiende á fijarse el espíritu en los objetos de estudio. Entonces deben prolongarse las lecciones y repetirse menos, dándoles una forma más seria y rigurosa, abandonando gradualmente los procedimientos mecánicos y haciendo un uso prudente de explicaciones abstractas. El niño puede dedicarse á trabajos individuales sucesivamente más largos para ejercitar y medir sus fuerzas, y se halla en aptitud de recibir una verdadera instrucción. En tal estado, debe imponerse en los principales deberes de la moral y religión, aprender las operaciones más importantes de la aritmética, las reglas de la analogía y ortografía, y aun parte de la sintaxis, y la lectura corriente y escritura usual, como conocimientos instrumentales necesarios para la instrucción ulterior.

En la tercera división, los niños, cuya inteligencia ha adquirido nuevas fuerzas por medio de los ejercicios precedentes, pueden ocuparse en trabajos individuales más profundos, y reunen la disposición intelectual necesaria para completar la primera enseñanza. Las lecciones deben encaminarse á rectificar y ampliar los conocimientos de que pueden hacerse aplicaciones útiles en la vida, á ejercitar la razón, á aprender, á instruirse y á dirigirse cada uno por sus propias fuerzas. Por este medio es como se prepara el niño á obrar después como hombre.

Cada una de las tres divisiones exige explicaciones distintas, lecciones especiales, ejercicios diferentes; y, sin embargo, en todas se puede y debe tratar de las mismas materias de enseñanza, á fin de que la cultura de las facultades mentales sea simultánea y proporcionada al desarrollo de cada una, y de que adquiriendo el niño unos conocimientos, se prepare gradualmente á la adquisición de todos los que son objeto de la instrucción primaria.

CAPÍTULO V.

EDUCACIÓN MORAL.

§ I.

Su importancia y objeto.

Hemos dicho antes, al tratar de la educación en general, que todas las facultades del hombre deben cultivarse en completa armonía, que la salud del cuerpo es condición indispensable para el estudio, y que la cultura, tanto física como intelectual, concurre poderosamente á la educación moral, al paso que esta última hace fructificar los gérmenes de las fuerzas físicas y de la inteligencia, y completa toda la educación. Ninguno de los dones dispensados al hombre por el Criador son inútiles, y ninguno debe descuidarse, por la influencia recíproca que ejercen entre sí; pero entre todos, la razón y la libertad distinguen al ser racional de los demás animales, y son los atributos esenciales que lo ennoblecen y lo elevan á tan alta esfera, que lo hacen semejante al mismo Dios. La educación moral nos dispone á hacer buen uso de estos dos atributos de la naturaleza humana, y en esto consiste su excelencia y la importancia que tiene sobre las demás partes de la educación, consideradas cada una de por sí. La educación moral nos da aptitud y disposición para seguir las reglas impuestas á la libertad, de acuerdo con la razón, cuyas reglas gobiernan la conducta del hombre, dirigen nuestras costumbres, haciéndonos conocer nuestro destino, enseñándonos nuestros deberes y derechos, la ciencia del bien y el mal, y de la virtud y el vicio.

La instrucción y los talentos, cuando la conciencia moral no se halla por lo menos al mismo nivel, son dones funestos al que los posee y á la sociedad de que ha de formar parte. Sólo la conciencia puede utilizar los dones dispensados al hombre y a asegurarle una felicidad interior, independiente de todos los accidentes y desgracias de esta vida. La instrucción en manos de un hombre corrompido es un arma terrible, de que se vale para el logro de sus perversos fines; aunque para el que está dispuesto á amar el bien, para el hombre virtuoso, es la ciencia un eficaz elemento de moralidad y el natural auxiliar de la religión. No basta ilustrar la inteligencia para llegar al conoci-